



Salvatore Ferragamo, a los pies de las estrellas

ESTILO & CINE

Los zapatitos rojos que conducirían a casa a **Judy Garland** en *El Mago de Oz* (1939) los diseñó, por encargo de la Western Company Costumes, un italiano de pequeña estatura y optimismo incurable que llegó a ser conocido en Hollywood con el sobrenombre de “el zapatero de las estrellas”. Su carrera empezó en 1907 en un humilde pueblo napolitano, cuando solo tenía nueve años, la noche en que se quedó haciendo los zapatos de comunión de sus dos hermanas pequeñas para que su madre dejase de llorar por no tener con qué calzarlas.

Siguiendo el ejemplo de sus hermanos mayores, para ayudar a su familia que era muy pobre, emigra a los Estados Unidos. Al llegar descubre consternado que la fabricación del calzado está totalmente mecanizada. Se instala entonces en su fuero interno un odio por las máquinas que ya no le abandonará. Sabe que solo un zapato hecho a mano, de principio a fin, puede “calzar

bien” y ser cómodo, sin que la belleza de las líneas sufra por ello. Esa preocupación, por encima de cualquier otro sueño, lo empujará a lo largo de su vida a crear zapatos de una perfección formal difícil de superar.

La primera vez que entra en contacto con la industria del cine es en Santa Barbara (California) donde uno de sus hermanos, que planchaba la ropa de los actores de la American Film Company, le presenta al encargado del vestuario. **Salvatore**, que solo tenía entonces dieciséis años, le convence de que podía corregir los errores de las botas de cowboy haciéndolas más flexibles. Viendo su pericia para mejorar las hechuras, empiezan a pasarle los guiones de las películas para que él mismo decida el número y el estilo de los pares que iban a necesitar.

Muy pronto le confiarán también el calzado de los protagonistas de las historias de capa y espada, en las que participaba el famoso héroe de acción **Douglas Fairbanks**, un incondicional de la cultura italiana del que enseguida se hizo amigo íntimo y con el que compartió muy buenos momentos, y los bocadillos de sala-

mi y queso provolone que se llevaba al trabajo. Para *El ladrón de Bagdad* (1924), que dirigía **Raoul Walsh**, le hizo “un par de botas de montar muy blandas y acolchadas que le protegían las piernas durante las acrobacias”, lo que da idea de hasta qué punto se hacía cargo de la dureza del trabajo de los actores en esos primeros años de andadura del cine.

Aprovechando que empezaba a ser conocido, **Ferragamo** abrió en Santa Bárbara una tienda de zapatos a medida. Las nuevas estrellas del cine mudo se convirtieron en clientas habituales: **Mary Picford**, que tenía unos piecitos diminutos, **Pola Negri**, “una de las actrices más lunáticas” de aquella época, aunque con él “nunca fue caprichosa”, y **Barbara La Marr**, que solo quería zapatos originales por lo que creó para ella una puntera chata, a la que llamó “punta francesa” y de la que, por cierto, nadie había oído hablar en Francia, como reconoce divertido en sus memorias.

Cuando la American Film Company, para pagar menos impuestos, se traslada de Santa Barbara a Hollywood en 1923, **Ferragamo** sigue sus pasos, convirtiéndose así en uno más de los pioneros de la meca del cine, que por entonces era poco más que un pueblo soleado. Fueron años de ensueño: las estrellas le encargaban zapatos en la tienda que montó en Beverly Hills y los estudios le contrataban para calzar sus producciones épicas.

Para *Los diez mandamientos* (1923) y *Rey de reyes* (1927), que dirigió **Cecil B. DeMille**, el más culto y el más atento a los detalles de todos los directores que conoció **Ferragamo**, además de las sandalias “a la romana” que luego se pusieron de moda entre las actrices, tuvo que inventar infinidad de modelos “bíblicos”, ya que en los libros no encontró mas que vagas referencias a los calzados de esas épocas. Su imaginación subyugó a **DeMille** y acabaron siendo grandes amigos. En esta época, **Salvatore** recorre 160 kilómetros diarios para ir a clases nocturnas a la Universidad de Los Angeles a estudiar Anatomía, a la caza del secreto de una horma que no dañase los pies.

En vista de que los encargos crecían, no le queda

más remedio que volver a Italia en busca de artesanos. Allí la crisis del 29 le lleva a la bancarrota pero no se amilana. Tras muchas penurias consigue comprar el Palazzo Spini Feroni, a la orilla del Arno, que será desde 1938 sede de la compañía y destino obligado de la alta sociedad y de las actrices de Hollywood que no le han olvidado. A ellas se suman las luminarias de “rompe y rasga” de Cinecittá, como **Sofía Loren** y **Ana Magnani**, que se acercaban a Florencia solo para encargarle los zapatos que iban a llevar en las películas y fuera de ellas.

Es ahora cuando crea para **Marilyn Monroe** docenas de pares de línea sencilla con punta y tacones de aguja de más de 11 cms. que le hacían balancearse al andar de esa manera suya tan inexacta y tan seductora. De **Ferragamo** eran también las sandalias con las que **Billy Wilder** la filma en *La tentación vive arriba* (1955), en esa escena patrimonio ya del imaginario occidental en la que la falda blanca tableada se le arrebola sobre las rejillas del metro de Nueva York. Entre las preferidas de **Ferragamo** estaban las actrices de rostro cincelado y porte aristocrático que calzaban más de un siete. De todas, **Greta Garbo** era a la que más admiraba. A ella le hizo innumerables pares de zapatos de cordones, bajos y elegantes, muy parecidos a los que le gustaban a **Ingrid Bergman**, que fue también una clienta fidelísima. Para el encanto atemporal de **Audrey Hepburn** inventó muchos modelos, aunque quizá el más famoso sea la bailarina de gamuza negra que lleva con elegante levedad en *Desayuno con diamantes* (1961).

Cuando **Salvatore Ferragamo** abandona este mundo en 1960, había revolucionado el concepto del calzado con soluciones nunca vistas (como el aclamado tacón de cuña que calzó por primera vez la madre de **Visconti**) y materiales inéditos como el corcho y la rafia teñida. Moría rico y famoso aunque eso nunca le pareció que fuese una aspiración en la vida. Hacer zapatos, con la misma devoción con la que se hace una obra de arte, para que otros pudiesen disfrutar del indescribible placer de caminar: eso sí había merecido la pena.

Mariam Vizcaíno

